

ARGEL

hay que tener en cuenta la urgencia con que China se ha apresurado a ofrecer su apoyo incondicional al Consejo de la Revolución de Argel.

Otro punto aparece claro ahora: Ben Bella nunca ha tenido la autoridad que aparentaba. Político débil, pero hábil, había buscado en todo momento el apoyo del ejército —única fuerza verdaderamente organizada del país— y se había unido a su incontestable influencia alentando la oposición de éste a ciertos viejos dirigentes históricos del F.L.N. de tendencia burguesa y antimilitarista. De este modo fue deshaciéndose de ellos mientras Bumedian —el jefe absoluto de las fuerzas armadas victoriosas— le dejaba hacer por cuanto cumplía sus deseos. Bumedian estuvo en todo momento tras Ben Bella y éste no ha sido otra cosa que su mandatario. Le sostuvo hasta que el afán liderista de éste le pareció peligroso. Ante la proximidad de la conferencia afroasiática —que Ben Bella iba a utilizar en provecho de su propio prestigio y reforzamiento—, después de haber decidido la liberación de Abbas y Fará y haber ofrecido la reconciliación al «frente de fuerzas socialistas» de Ait Ahmed —condenado a muerte e indultado por Ben Bella—, en vísperas de la firma con Francia de un acuerdo petrolero, y cuando se anunciaba que el Presidente argelino iba a visitar París para un acercamiento a la antigua potencia colonial —sus enemigos interpretaban todos estos hechos como una especie de «occidentalización» del líder—, Bumedian y sus jóvenes oficiales decidieron detener la decidida trayectoria iniciada por Ben Bella. Era un camino que se de-

Ben Bella y Huari Bumedian. El primero dijo del segundo a un periodista egipcio: «Este es el hombre que prepara los complots contra mí». Era la expresión de una vieja lucha de influencias que ahora se ha resuelto contra Ben Bella. El ejército —Bumedian— ha ganado sobre el liderismo y la indecisión.

SORPRESA es el único calificativo que corresponde al golpe de Estado de Argel. Ningún observador político, ninguna cancillería lo habían previsto. Por lo menos, en ninguna parte se dejó traslucir la menor sospecha. Unos días antes solamente, después de que Ben Bella decidiera liberar a sus «hermanos enemigos» —Ferhat Abbas, Farés y Ussedik— del confinamiento o de la prisión y declarara una especie de reconciliación nacional que debía convertirse en una apoteosis del liderato, se creyó en todas partes que la posición del presidente argelino era más fuerte que nunca y que podía afrontar el porvenir, por lo menos inmediato, con la mayor confianza. Su caída se ha producido, no obstante, diez días antes de la reunión de la conferencia afroasiática —el segundo Bandung— en Argel. De no haber sido derrocado, Ben Bella hubiera podido presentarse ante el mundo africano y asiático como un campeón del «tercer mundo» y el jefe indiscutido de su pueblo. Su proyección hubiera podido ser internacional de haber respondido a la realidad los pronósticos y opiniones de los observadores. Pero el golpe de Estado de Bumedian ha demostrado, de manera estallante, que la realidad que ocultaban las apariencias era muy distinta.

A la hora en que redactamos estas líneas todavía resulta confusa la situación en Argelia; quizá más confusa que el primer día de los acontecimientos, pero parece posible intentar una explicación más o menos aproximada a la autenticidad de los hechos. La significación del golpe de Estado puede estar mucho más próxima, en la línea ideológica, a las propuestas de los dirigentes chinos, en cuanto a la táctica revolucionaria inmediata, que a las orientaciones de Moscú, y Bumedian y sus seguidores es de presumir que radicalicen el régimen argelino en este sentido sin llegar a ceder en nada en cuanto al sostenimiento del «tercer mundo». Puede sostenerse que intentarán apoyar las tendencias chinas en el seno de las organizaciones afroasiáticas. A este respecto,



IA: UNA INCOGNITA

viaba de la ortodoxia doctrinal forjada en la lucha y el «maquis». Una cierta afinidad con algunos aspectos de la política de Burguiba, terminaron por colmar las inquietudes de Bumedian y de los suyos.

Puede afirmarse también —contrariamente a lo que ha sido divulgado por ciertos periódicos— que ni Ferhat Abbas ni Mohamed Jider han de ser considerados como directamente relacionados con la decisión de Bumedian de derrocar a Ben Bella. El propio Jider ha expresado con estas palabras su desconfianza hacia el jefe militar: «Ojalá sea mejor que Ben Bella».

Pero, ¿quién es Bumedian? En principio, es un doctrinario. El supo realizar la politización del ejército popular en las condiciones más duras y supo convertir este ejército en la punta de lanza de la revolución argelina. Hizo suya la frase del teórico Franz Fanon: «La verdad son los campesinos», y hacia la vertiente campesina —lo mismo que Mao Tsen Tung— hizo derivar la corriente revolucionaria. Es un hombre enérgico y lleno de incomprendiones antioccidentales. Su golpe de Estado ha sido, técnicamente, perfecto. Si en los primeros días después de realizado podía considerarse que estaba basado en un fuerte y mayoritario apoyo, a la hora en que se escriben estas líneas tal base no parece tan segura. ¿Y Ben Bella? En un puesto sahariano espera la hora de la decisión de sus jueces. Una nueva etapa acaba de abrirse para la revolución argelina.

(Fotos ARCHIVO)



A la izquierda, Mohamed Jider, uno de los principales enemigos de Ben Bella. Su participación en el golpe de Estado aparece muy oscura. A la derecha, Bouteflika, amigo y aliado del coronel Huari Bumedian.

